

# LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: PEDRO XIMENEZ POZZOLO, EDUARDO D. FORTEZA, FERNANDO RIOS, DIEGO CAPELLA Y PONS, EMILIO GOLDARACENA, JOSÉ A. DE FREITAS (HIJO) Y JUAN CARLOS CARVALHO

ADMINISTRACION

Calle del Uruguay núm. 411

AÑO I — NÚM. X

SUSCRICION ADELANTADA

Cuatro números . . . . \$ 0.50

## LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, SETIEMBRE 14 DE 1885

SUMARIO — El juego!, por Martin Rojas — Crepúsculo, por Eduardo D. Forteza — Vision nocturna, por P. Ximenez Pozzolo — En el cementerio, por Miguel F. Rodriguez — A la oracion, por Adriano M. Aguiar — Orillas del arroyo, A Flérida, por P. Ximenez Pozzolo — Economía política, (Del capital), Continuacion, por D. Fernando Rios.

### El juego!

„El que ha jugado, jugará!“

#### I

Alrededor de una mesa forrada de hule verde, dividida en múltiples cuadrados con su correspondiente numeracion, están agrupadas una veintena de personas de todas edades y fisonomías con el mismo silencioso recogimiento con que asistirían a una funcion religiosa.

Por inesperto que uno sea, comprende a la primera ojeada que se halla en una casa de juego.

Hacia el centro de aquella mesa, cuyo color alienta la esperanza del jugador, se divisa un monton de dinero, que a cada rato aumentan dos hombres que con largas palas recojen el que existe sobre la mesa pagando previamente a los pocos afortunados.

¡Con que indecible espresion de avaricia siguen aquellos semblantes palidecidos y demacrados por los vicios, la bola que rueda sobre la mesa al golpe de un timbre tocado por el banquero!

¡Qué desencanto cuando las esperanzas depositadas en un número son defraudadas

por el grito impasible del dueño de la banca!

¡Qué de alegrías cuando esa misma voz trae al oido del jugador la simpática palabra: ¡Pleno!

Y toda aquella gente que acude solícita al llamado de la sirena del vicio, se agita nerviosamente clavando sus miradas envidiosas en aquel que ha tenido la suerte de aumentar treinta y seis veces su capital.

Pierden, pierden y siempre esa maga que alienta nuestras ilusiones, esas esperanzas que jamás abandonan al hombre para su felicidad ó para su desgracia, les impulsa a seguir incansables tras la fortuna ingrata que constantemente les huye como las ondas al sediento de la Leyenda.

#### II

Todas las pasiones cuando se adueñan del hombre son malas; pero hay algunas terribles por sus consecuencias y entre estas ocupa un lugar preferente *el juego*.

Mientras éste no sale de los límites de un entretenimiento desinteresado, es admisible; pero cuando se juega, no ya por pasar un rato de distraccion agradable, sino por el afan de ganar dinero, se convierte en un vicio detestable.

El que se entrega a ese vicio llega hasta perder la propia dignidad y no exhitará un momento en depositar sobre el tapete un dinero que tal vez represente el bienestar de una familia.

La concurrencia habitual de tales establecimientos tolerados, ofrece un cuadro digno de la pluma de E. Zola, avezada ya en la triste tarea de poner al descubierto las llagas sociales.

Todas las malas inclinaciones dibujadas en aquellos semblantes descoloridos por los insomnios continuados, darian tela para trazar un cuadro de celajes verdaderamente sombríos.

La rabia reconcentrada, la mirada siniestra y la envidia sorda de los que pierden á los que ganan;—la avaricia que hace temblar las manos cuando depositan tímidamente el último real arriesgado por la desesperacion; ese silencio solemne que se hace entre los jugadores cuando el golpe de timbre anuncia la salida de una bola,—ofrecen á la contemplacion tranquila del espectador un conjunto de matices que impresionan por su triste novedad.

De repente uno de los jugadores con el rostro desconcertado se levanta pausadamente. Ha perdido todo su dinero y lo que es peor, ha robado al descanso la mayor parte de la noche. Sin embargo, no creais que se retira; por el contrario ocupa de pié su lugar entre los curiosos que rodean la mesa y que con una especie de compasion extraña, se alegran ó entristecen segun la fortuna es pródiga ó esquiviva con un amigo, y se ocupa en seguir las peripecias del juego como si en realidad tomara parte material en él.

En efecto, si existe pasion avasalladora, ninguna como el juego. Dominan, subyugan tanto los resplandores metálicos del oro apilado, que es necesario poseer un carácter acostumbrado á reprimir fácilmente sus arranques, para no dejarse arrastrar con facilidad por su poderosa fascinacion.

El que ha perdido, repetimos, si es jugador veterano, no se retira: se ocupa en apostar mentalmente, ya que no tiene dinero para jugar.

Y lo que es un efecto fisiológico al cual no encontramos plausible explicacion, es que esa persona, fingiéndose un número al cual se figura apostar ficticiamente algo que no posee, sufre las mismas variables emociones que alumbran ó sombrean el semblante del que aventura el vil mental.

Unos entregándose á cálculos ilusorios pretenden adivinar el número que sale con exactitud matemática; otros dominados por supersticiosa preocupacion colocan su dinero en las casillas 13, 23 y 33, fundados en la razon para ellos concluyente de que la bolilla anterior era la número 3!

Ahí tenemos ya el vicio, que apoderándose de las facultades mentales las ha trastornado de tal modo y les hace ver las cosas en tal situacion y de tal manera, que surge al espíritu la duda de si nos halla-

mos en frente de un monomaniaco ó de un demente.

### III

Dicen los tahures con acento de profunda conviccion, que quien juega por primera vez, gana siempre.

No podemos desmentirlos porque á nosotros nos ha acontecido idéntica cosa; y lo que ese hecho prueba es que el juego es una trampa perennemente tendida á la irreflexion y á la inesperienza.

La pendiente es rebaladiza; la juventud ciegameamente entusiasta, y de ahí que sea una verdad el dicho comun que sirve de epigrafe á estas líneas: „El que ha jugado, jugará!“

En nuestra época y en la sociedad en que vivimos, todo el mundo entrega á los vaivenes del azar alguna parte de su peculio; unos en las carreras, y en las riñas de gallos, otros en las ruletas de blanca y negra y en los naipes, y los que nó en las loterías.

En campaña el paisano apuesta á la tábala ó en una reunion de carreras, todo el dinero que ha ganado en uno ó más meses de constante trabajo, y muchas veces hasta el caballo con su montura!

Juega tanto el rico como el pobre, y esto es por cierto una de las extrañas anomalías del vicio que criticamos. Concebimos perfectamente que un desgraciado malbarate en un instante de locura, juegue una pequeñez que no alcanza para satisfacer las necesidades más apremiantes de su existencia,—pero no alcanzamos á comprender que interés tiene en jugar una persona á quien la fortuna ha rendido pleito homenaje.

Es que entonces el juego se ha convertido en una exigencia imprescindible de la vida, y el hombre cede fatalmente á un vicio que ya no está en su mano sujetar, porque se ha incorporado á su sér.

Parece que esa vida de agitacion y de insomnio tuviera algun atractivo particular, y que el jugador se entregara á ella para echar en olvido las amarguras que á cada paso entristecen el peregrinaje de la existencia.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la mesa de juego, es el principio obligado de la carrera siniestra de todos los que ocupan los bancos de criminales, porque del juego al robo y al asesinato no hay

más que una relacion de consecuencia, como lo comprueba fehacientemente la historia de las célebres bancas de Mónaco y de Baden Baden.

Sin embargo, fuerza es suprimir ese mal tan general como pernicioso, pero no por medio de la accion coercitiva del Estado, que en este como en otros muchos casos no conduce á resultados provechosos.

El remedio debe buscarse en otra parte.

La existencia anormal de las casas de juego revela por si sola el estado general de un pueblo. Muestra en primer término que se ha perdido toda fé en la eficacia del trabajo honrado y que su fondo moral está destruido; y entónces es en vano aplicar la fuerza, porque la fuerza no establece más que situaciones violentas y transitorias.

La educacion es el único regenerador de los pueblos que desgraciadamente han perdido sus hábitos morales, y es lo único que prepara para el futuro la regeneracion de las sociedades presentes.

Multipliquense las escuelas, y esas casas de juego donde la juventud corre á dejar su verguenza y su dinero, disminuirán en la misma proporcion en que se estienda la educacion; y cumpliendo el precepto biblico se dedicará entónces pacientemente á ganar el pan de cada dia con el digno sudor de su frente.

„Arad, arad hondo.“

*Martin Rojas.*

—+—+—+—+—  
**Crepúsculo**

Es ya la hora sublime y majestuosa  
 En que se hunde en ocaso el alma sol,  
 Tiñendo el cielo y nubes nacaradas  
 Con celajes de gualda y de arrebol.

En que todo en el mundo se adormece  
 Como preso de muda admiracion,  
 Y en que acuden al templo los creyentes  
 Al toque señalado de oracion.

En que al aprisco tornan las ovejas  
 Baland y aun ansiosas de triscar,  
 Y en que las aves vuelven á sus nidos  
 Ahogando entre el follaje su cantar.

En que torna cansado y sudoroso  
 Tostado por el sol abrasador,  
 Con su azadon y pico á las espaldas  
 De sus faenas el triste labrador.

Miéntras que allá, en su rústica morada,  
 Que frondosa alameda impide ver,  
 Con su cena frugal, ya preparada,  
 Anhelosa lo espera su mujer.

Es la hora en que nuestra alma se enagena  
 En éxtasis sublime y divinal,  
 Y en que vuela la ráuda fantasia,  
 En pos del bello, suspirado ideal.

En que acuden al alma los recuerdos  
 Venturosos y aciagos del ayer,  
 En que el hombre pretende en su delirio,  
 Del futuro las nieblas descorrer.

Y evocamos las célicas visiones  
 Que hicieron aplacar nuestro dolor,  
 Visiones misteriosas y sublimes,  
 Creaciones divinales del amor.

Nuestros dorados sueños infantiles,  
 Los juegos inocentes de esa edad,  
 En que todo es fantástico en el mundo,  
 Todo es luz y placer, todo es verdad.

Las tan dulces caricias de una madre,  
 En la tierra nuestro angel tutelar,  
 Aquel querub, que con ardientes besos,  
 Sellaba nuestro dulce despertar.

Las gratas y halagüeñas esperanzas  
 Que alientan al inquieto corazon,  
 Los sueños de conquista, mando y gloria,  
 Que ofuscan y enceguecen la razon.

.....  
 .....

Todos estos recuerdos acudieron  
 A mi transido espíritu en tropel,  
 Cual las hojas del árbol desprendidas  
 Que el cierzo arremolina en el verjel.

Con el presente comparé el pasado,  
 Y lo hallé muy opuesto y desigual,  
 Mi pasado, era un oasis floreciente,  
 Mi presente, es más triste que un erial.

Entónces mi alma, se miró á si misma,  
 Con insólito afan observador,  
 Y al verse yerta, triste y desolada  
 Dió libre rienda á su letal dolor.

Clamé ¡misero mundo de dolores,  
 Venero inagotable de maldad,  
 Amalgama infernal de risa y llanto,  
 De blanca luz y negra oscuridad!

Y con acento dulce y dolorido  
Como el triste cantar del ruiseñor,  
Entoné mis tiernísimos lamentos,  
Lamentos saturados de dolor.

¡Oh vida transitoria y execrable,  
Dije, en mi triste y tierno lamentar,  
Eres copa repleta de amargura  
Que gota á gota debo de apurar!

¡Oh vida de quimeras y espejismos  
En que no se halla un término al sufrir,  
Yo prefiero á tus tan falaces glorias  
La dicha incomparable de morir!

Soy triste peregrino de la vida  
Que hallando desengaños por doquier,  
Lloro, mi ya perdida venturanza,  
Mis muertas ilusiones del ayer.

Soy hijo del dolor y de la noche,  
La humanidad ignora mi vivir,  
Y cual proscrito errante de su pátria  
Busco la soledad en mi sufrir.

Como ese sol, también llegó á su ocaso  
El astro de oro del soñado Eden,  
Lo que ese sol de agonizantes rayos,  
Duró la dicha á que aspiró mi sien.

¿Qué se hicieron mis sueños de ventura  
Y las tiernas querellas de mi amor?  
¿Donde fueron las célicas visiones  
Que endulzaban mis horas de dolor?

¡Ay! pasaron cual rápido meteoro,  
Como el ave de alígero volar,  
Y dejando en mi mente su recuerdo,  
Huyeron, para nunca mas tornar.

Mis mas grandes y nobles ambiciones,  
La soñada corona de laurel,  
Aquel afán de amor, ventura y gloria,  
¿Qué fué todo?— Fué pompa y oropel.

Cuán deleznable es la existencia humana!  
Cuán veloces las horas del placer!  
Sueño de unos instantes, desvarios,  
Luego la muerte helando nuestro ser!

En mi espíritu reinan las tinieblas,  
El pesar me desgarró el corazón,  
Solo ambiciono en este ingrato mundo,  
Dormir bajo la losa de un panteón.

.....  
.....

Calló mi voz, cesaron mis lamentos,  
El silencio á mi llanto sucedió,  
Pero aun de monte en monte, mis endechas,  
El éco, condolido repitió.

*Eduardo D. Forteza.*

### Vision nocturna

Viniendo por la calle cierta noche,  
Con la mente nublada de tristeza  
Y el corazón colmado de pesares,  
Noté que se ofuscaba mi sentido,  
Y me encontré de pronto rodeado  
Por una nube espesa,  
Percibiendo un rumor inesperado,  
Como si de repente  
El ala ruda del airon pujante  
Desplegara su vuelo  
Levantando violento la hojarasca  
Que con furor quebrara sobre el suelo.

Queriendo traspasar con la mirada,  
El espeso crespon que me envolvía,  
Mis pupilas clavé solo en un punto,  
Y ví que entre la atmósfera cargada  
Un singular conjunto  
De espectros pavorosos, se movía.  
Me quedé sorprendido, horrorizado,  
Mirando en torno los espectros fieros...  
¿No sabéis quienes eran?—¿No habéis dado?...  
Pues eran los modernos barrenderos!

*P. Ximenez Pozzolo.*

### En el Cementerio

Cuando la noche sombría  
Con su manto va cubriendo,  
En sus pliegues envolviendo  
La serena luz del día;  
En la tarde ardiente ó fría  
Una sombra se divisa  
Que tranquila se desliza  
Hacia el triste cementerio,  
Con recato y con misterio  
Entre la lumbre indecisa.

Llega tranquila á la puerta,  
Abre con mano segura,  
Y á una blanca sepultura  
Dirige su planta incierta;  
Descansa en ella una muerta  
Que fué virgen y fué hermosa,

Que la parca caprichosa  
Arrebató de la vida,  
Para arrojarla perdida  
En el fondo de una fosa.

Detiene luego su planta  
Ante el sepulcro querido,  
Y del pecho dolorido  
Un canto triste levanta;  
Y la soledad que espanta  
Le interrumpe por momentos,  
Y las hojas, y los vientos,  
Los cipreses silenciosos  
Se estremecen temblorosos  
Al escuchar sus acentos.

Y así cantando en su llanto  
Siguen las horas corriendo,  
Hasta que la luz sonriendo  
Viene á interrumpir su canto;  
Con profundo desecanto  
Rebosando de amargura  
En su negra desventura,  
Guarda llorando su lira  
Mientras su pecho suspira  
Y su labio así murmura:

„Todas las noches llorando,  
Todas las noches gimiendo,  
Toda mi vida sufriendo,  
Y toda mi vida amando;  
Con mis lágrimas regando  
Este triste cementerio,  
Este duro cautiverio  
En que la mente se abisma  
Al conocerse á sí misma, . . .  
Al conocer su misterio.

„Aquí mis voces levanto  
En la noche, silenciosa,  
Cuando la Luna radiosa  
Alumbra con dulce encanto;  
Aquí el eco de mi canto  
Vá perdiéndose en el cielo  
Como se pierde en el suelo  
De esta tierra desgraciada  
La lágrima derramada  
En los momentos de duelo.

„A mis cantos se estremece  
La natura enamorada;  
La flor mórbida, agitada  
Por una fuerza parece;  
El sauce, triste se mece  
En el sepulcro sombrío,  
Y en ardiente desvarío  
Todo en torno se conmueve,

Todo agitado se mueve  
Como las olas de un río.

„Solo tú, sepulcro amado  
Permaneces silencioso,  
Ni te agitas tembloroso,  
Ni contestas mi llamado;  
Permaneces sosegado  
Mientras mis voces levanto,  
Y aun espero con mi llanto  
Una nueva vida darte,  
Y de nuevo reanimarte  
Al impulso de mi canto.“

Y cuando el sol en Oriente  
Las nubes blancas colora,  
Cuando la luz de la aurora  
Baja del cielo sonriente;  
La sombra triste y doliente  
Se desliza temblorosa  
Y abandona silenciosa  
Al alejarse, una flor . . .  
Emblema puro de amor  
En el altar de su diosa!

*Miguel F. Rodríguez.*

## A la oracion

Canta la alondra en la desierta loma,  
La tarde muere, acércase la noche,  
Y blando aspiro el perfumado aroma  
De las flores que abriendo van su broche;  
La luna lanza pálidos reflejos;  
Es la oracion: postrado estoy de hinojos,  
Y, al pensar que tú estás de mí tan léjos,  
El llanto corre de mis tristes ojos!

Montevideo, 1885.

*Adriano M. Aguiar.*

## Orillas del arroyo

Á FLÉRIDA

I

Vision de mis ensueños.  
Angelical, sonriente,  
Como la luz primera  
De un bello amanecer,  
Ven á escuchar las trovás  
Que yo cantarte quiero,  
Libando en tus hechizos  
El néctar del placer.

Lleguemos á la orilla  
Del cristalino arroyo,  
Donde se escucha el trino  
Del pardo ruiseñor,  
Cuyo cantar sabroso  
Parece el eco suave  
De los idilios dulces  
Del inefable amor.

Allí á la sombra vaga  
Del sauce rumoroso,  
Que templá los ardores  
Del rayo ecuatorial,  
Verás cual se deslizan  
Las delicadas horas,  
Llevadas en las alas  
De un sueño celestial.

Allí están las doradas  
Brillantes ilusiones,  
Los sueños deliciosos,  
Las venturanzas mil,  
Que nacen y se borran,  
Se extinguen y aparecen,  
Cual los celajes bellos  
Del ámbito sutil.

Vén, luz de mis amores,  
Vén á la dulce orilla,  
Que ya siento en el alma  
Crecer la inspiracion:  
Desborda el sentimiento  
Raudales de poesía,  
Y siento despertado  
Mi triste corazón.

Vén, esperanza mía,  
Vén, que ceñirte quiero  
Diadema de azahares  
Sobre tu casta sien:  
Allí verás los cielos,  
Allí, tendrás la gloria,  
¿Que te detiene, dime?  
Vente conmigo, vén!

## II

¡Oh que placer tan nuevo  
Mi sentimiento embriaga!  
¡Qué ambiente perfumado  
Dilata nuestro ser!  
Qué bellos espejismos!  
Qué cielos, qué rumores,  
Qué aromas, qué delicias  
Se encuentran por do quier!

Este es el cielo, Flérida,  
Es el Edem perdido,  
Que la primera culpa  
Del hombre, nos privó:  
La realidad del sueño  
Del árabe Profeta:  
El cielo de la dicha  
Que el alma ambicionó.

Aquí, todo enamora,  
Todo es sonriente y bello  
Todo respira encanto  
Que aspira el corazón:  
La linfa, el aire, el cielo,  
Las sombras y las luces,  
Parecen imantadas  
Al sol de la ilusión.

Reclínate amor mio,  
Sobre la verde alfombra,  
Bajo el calado y móvil  
Dosel murmurador,  
Yo cantaré la gloria,  
Yo arrullaré tu sueño,  
Y evocaré visiones  
Mas puras que el amor.

Cada suspiro tuyo  
Que aspiraré anhelante  
Arrancará una estrofa  
Del vibrador latíd,  
Y en alas de mis cantos,  
Cruzando el infinito,  
Irás, tu dulce nombre,  
Hasta el confin del Sud.

Y cada vez que alumbre  
Tus célicos encantos,  
La luz de tu sonrisa,  
Que envidia el serafín,  
He de soñar despierto,  
Y he de beber soñando  
El néctar de tus labios  
De grana y de carmin. . .

## III

Despierta! luz del alma,  
Despierta! vida mia,  
Que ya siento intranquilo  
Latir mi corazón,  
Quiero sentir la vida  
Que late en tu mirada,  
Quiero la luz del cielo  
Mirar en tu expresión.

Despierta, si, despierta,  
 Con tu esplendor radioso,  
 Que ya el astro del día  
 Se mira declinar,  
 No quiero ver las sombras  
 Que el ánimo apesáran:  
 Quiero la luz de vida  
 Que exhála ta mirar!...

Vén, que mostrarte quiero  
 Sobre el cristal del agua,  
 Al ángel bello y puro  
 Que en mis ensueños ví;  
 Más, nó, no vengas Flérída,  
 No vengas, te lo ruego,  
 Que si te ves tú misma  
 Tendré celos de tí!

Yo quiero que te mires  
 Tan solo en mis pupilas,  
 Donde te ofrece ardiente  
 Mi espíritu su amor,  
 Que allí aunque te contemples  
 Los siglos de los siglos,  
 No abrigará mi pecho,  
 Ni celos, ni temor.

Pero la noche extiende  
 Su manto de tinieblas,  
 Y orillas del arroyo  
 Tenemos que dejar...  
 Las aves, más felices,  
 Arrullan sus amores,  
 Allí, donde su nido  
 Les plugo fabricar!

¡Qué triste es la partida!...  
 Dejar entre las sombras  
 Todas las bellas galas  
 De un mundo seductor;...  
 Más, nó, deajo nada  
 Por que me voy contigo;  
 Por que conmigo vienes,  
 Arcángel de mi amor!

P. Ximenez Pozzolo.

## Economía política

### ( DEL CAPITAL )

( Continuacion )

Se han definido las máquinas diciendo que: «son unos aparatos compuestos de varias piezas, en las que están previamente calculados los efectos de las fuerzas de poten-

cia, roce, peso y resistencia, sus movimientos y sus resultados.

Las fuerzas del hombre, especialmente las fuerzas físicas no son de gran potencia ni resisten un trabajo muy prolongado; era necesario pues, un medio que aunando sus esfuerzos á los humanos fuese susceptible de continuidad en ellos y tenacidad en la producción para sustituir la potencia física del hombre por otra que no se fatigase ni disminuyese por el hecho de sus aplicaciones, hé ahí la causa de la invención de las máquinas y su legitimidad. — Con mucha propiedad se ha dicho que el martillo es un puño duro é irresistible, las tenazas unos dedos sólidos, el cuchillo y la sierra unas uñas y dientes poderosos; y la palanca un brazo prolongado é infatigable y la máquina compuesta de mil piezas distintas una sociedad de hombres de acero con las fuerzas que la naturaleza emplea en sus portentosas obras y la seguridad y firmeza de las decisiones del génio.

El trabajo del hombre depende de múltiples circunstancias; primero, de su capacidad intelectual para concebir y desarrollar el plan de la obra; despues, de su voluntad en realizarlo y finalmente de su fuerzas físicas al ponerlo en ejecución; fenómenos en que cabe la vacilacion, la debilidad y las mil circunstancias que pueden influir en la naturaleza física y moral humana para que no realice de un modo perfecto el objeto ó el plan propuesto. La máquina por el contrario tiene sus movimientos circunscriptos y regulados por las piezas de que está formada y como no juzga ni delibera, no es capaz de vacilaciones y ejecuta rápidamente sus labores sin quitarles ni añadirles nada con una precision é igualdad imposibles de conseguirse por las facultades físicas del hombre. Además de suplir esta fuerza física y de poderse emplear en el tiempo, modo y forma más útiles tienen las máquinas el poder de exaltar las facultades intelectuales induciéndolas á multitud de descubrimientos y empresas cada vez más portentosas; como ejemplo de ello citaré la fabricacion del gas: su objeto primitivo fué la extracción de dicho combustible, despues se ha extraído de los residuos, materias colorantes, glicerina y otros materiales empleados por distintos procedimientos en variedad de artes é industrias á cual más productivas.

Mucho más queda que decir acerca de la utilidad de las máquinas, por ejemplo; del ahorro de tiempo, de la multiplicidad de objetos fabricados, su mejor calidad y baratura, etc.

Creo que con lo dicho hay bastante para justificar la utilidad de las máquinas, en mi concepto no solo han aumentado el bienestar material del hombre sino también mejorado su condición moral puesto que ejecutando por él el rudo esfuerzo material le han permitido después de las horas de trabajo el ocuparse de adquirir conocimientos y le han enseñado a pensar en el modo de conseguir un resultado con el menor esfuerzo; con su lengua de acero le han hablado el idioma de la libertad emancipándolo de la esclavitud y manifestándole que la redención del hombre está en la perseverancia del trabajo, perseverancia que es la suprema ley de la vida.

Esta variedad de beneficios producida por las máquinas no ha podido menos de constatarse pero se ha objetado que á ellos se deben el empobrecimiento de las clases bajas que á causa de esas invenciones quedan sin trabajo y por consiguiente sin medios de satisfacer las exigencias vitales, de modo que según estas conclusiones, casi todas de la escuela socialista, cuanto mayor sea el número de máquinas que en último término no son sino el resultado del adelanto científico-industrial, mayor será la miseria y por ende de la de gradación social. Estos argumentos han sido ya contestados por la exposición que dejo hecha de antemano. Además Bastiat en un artículo citado por casi todos los tratadistas titulado: *lo que se vé y lo que no se vé*, ha dejado plenamente demostrado que el precio del trabajo ahorrado por las máquinas se emplea en general en otros trabajos y empresas que dan ocupación á otros tantos obreros que no solamente se provén de este modo del trabajo necesario si no que además reciben su recompensa en la mayor baratura en los artículos de alimento, vestido y comodidad, pues produciéndose en cantidades mayores por medios más simples y baratos hacen disminuir necesariamente el precio que ha de pagar el consumidor en virtud de esa ley de la E. Política; esa gran ley de la concurrencia por la oferta y la demanda; pues el comerciante se vé en la necesidad de dar los artículos

tanto más baratos cuanto mayor sea la cantidad que de ellos exista en el mercado so pena de tenerlos estancados y perder más en ellos por el deterioro que sufren y la inmovilidad del capital.

Otro hecho digno de constatarse es que las máquinas permiten á la mujer y el niño emplear una actividad que generalmente se pierde; cuando la juventud no halla ocupación fácil y pronta, vegeta y se aniquila en el vicio y por el contrario cuando el trabajo se multiplica por las nuevas aplicaciones industriales son necesarios más brazos en vez de ménos; de modo que en último término el argumento empleado por el socialismo exagerado es contraproducente empleado en absoluto como él lo emplea, pues en vez de ménos obreros merced á nuevos trabajos y aplicaciones se necesitan más. En cuanto á la moralidad del obrero, puede afirmarse sin temor de equívoco, que en general aumenta, haciéndole ahorrar, acumular medios de subsistencia en los buenos tiempos por el temor de verse reducido un día ú otro á la indigencia, á causa de nuevos inventos de maquinarias que momentáneamente lo dejen sin trabajo, y así bajo este concepto el invento y empleo de las máquinas obligan al hombre á ser previsora, á pensar en su porvenir.

Que el invento produce momentáneamente una dislocación de trabajo es innegable, es este uno de los males inevitables de la vida pues todas las reformas sociales las poseen en su origen, en los primeros momentos, son á la manera de un reactivo químico; no se producen sin conmoción, sin más ó ménos violencia, de ahí el que el obrero imprevisor ponga el grito en el cielo y exagere esta primera impresión. Por otra parte hay una porción de circunstancias que como dice Garnier atenúan los inconvenientes que, por el pronto pueden resultar de las máquinas:

1.<sup>a</sup> Que las máquinas en general son caras y esto si no impide retarda al ménos el momento de su aplicación, como puede verse en la historia de la mayor parte de las industrias; permitiéndole este hecho al obrero el buscar y emprender desde luego otros trabajos.

(Continuará).